

## EL ESPEJO DE LAS IDEAS

# Uno, dos y tres: reflexiones en torno a la recta numérica

## Eduardo Garza Cuéllar

► La recta numérica, que es una traducción geométrica de la abstracción aritmética, evidencia que la distancia entre dos números enteros subsecuentes siempre es la misma y siempre es uno: entre el cinco y el cuatro hay una unidad, al igual que entre el tres y el dos o el uno y el cero. En mi infancia y en mi escuela algún maestro dio cauce a su talento pedagógico enseñándonos a sumar con una rana: había que hacerla brincar hacia la derecha tantos casilleros como se deseara sumar y desplazarla hacia la izquierda para restar.

Pero lo que aritméticamente resulta claro e inobjetable, filosóficamente se vuelve problemático.

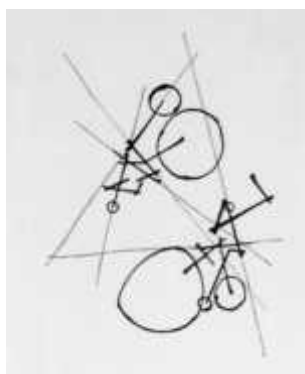
Cuentan que a una dama de sociedad le preguntaron sobre el número de veces que había visitado Europa. Ésta respondió algo confundida: “No recuerdo si quince o dieciséis”. Otra participante en dicha reunión, al ser interpelada con la misma pregunta, exclamó pensativamente: “No recuerdo si una o ninguna”.

### El uno: ser

Un viaje implica conocer Europa; cero viajes no significan nada. Un solo hijo nos constituye como padres; cero no. En lo relativo a nuestro conocer, el abismo existente entre el cero y el uno marca tal vez la distancia entre realistas y escépticos, así como en teología define la diferencia entre creyentes y ateos.

Pero en realidad, cuando el hombre se asoma a la nada, cuando *uno* significa la gratitud del ser y *cero* la posibilidad de perderse, ninguna diferencia como el metafísico *ser o no ser* tiene relevancia alguna.

La intuición ontológica propone que la distancia entre uno y cero es infinitamente



superior a cualquier otra imaginable, que es radical, fundamental y fundante dado que representa algo tan definitivo como la diferencia entre el ser y la nada: el paso radical entre el no ser y el ser.

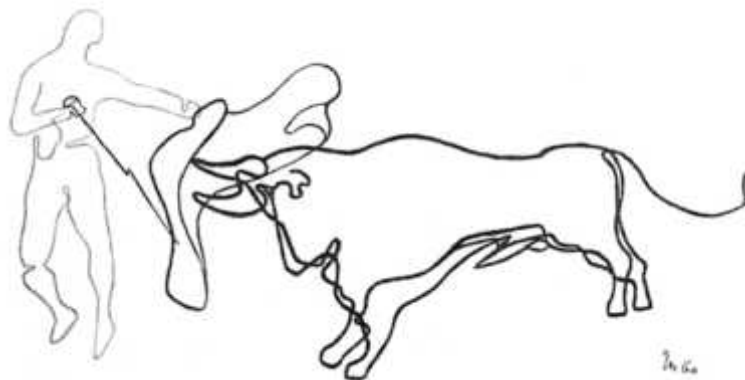
Uno significa ser, cero significa nada. Existe entre ambos números un abismo metafísico.<sup>1</sup>

La modernidad filosófica puede entenderse como un ejercicio creciente de desconfianza hacia la metafísica, pero también los modernos fueron proponiendo nuevas vías de acceso al ser, tanto de tipo ético (Kant), como político (Hegel, Marx), fenomenológico (Husserl) y existencial (Heidegger).

Viene al caso recordar aquí la propuesta de Heidegger y su visión de la angustia.<sup>2</sup> Cuando nuestro ser personal se ubica al borde del abismo de la nada, cuando nos damos cuenta de que *somos pudiendo no ser*, cuando asumimos

<sup>1</sup> Tal vez por eso, entre los diversos grupos humanos que cultivaron las matemáticas a lo largo de la historia, aquellos que intuyeron el *cero* se distinguen por haber alcanzado un grado de abstracción superior. Lograron representar algo que no sólo es intangible e invisible, sino también inexistente.

<sup>2</sup> El concepto de angustia heideggeriano deriva de Kierkegaard, propuesto con matices religiosos. Cfr. Sören Kierkegaard, *El concepto de la angustia*, Espasa Calpe, Madrid, 1940.



en carne propia la maravilla de las maravillas, entonces la diferencia entre ser y no ser (entre uno y cero) nos estremece existencialmente, nos obliga a tomar una postura frente a la vida y trastoca necesariamente nuestra conciencia.

### El dos: pensar

Mientras que el uno simboliza al ser, el dos significa la posibilidad humana de establecer diferencias y de marcar fronteras: la de distinguir y, por lo tanto, la de pensar.

Y es que el uno, que goza una indiscutible virtud de orden metafísico, adolece de consistencia lógica: no puede ser pensado.

Imagina un punto negro en el centro de una hoja de papel blanca. Trata de ver el punto sin mirar la hoja y el punto se habrá desvanecido.

Nadie puede imaginar una unidad separada de su contexto. Podemos pensar algo sólo a condición de relacionarlo, de imaginar su contorno, de verlo *en* algo más o *con* algo más. Pensar un solo punto significa perderlo como punto. Para ser pensado, lo uno requiere necesaria y paradójicamente dejar de serlo: ser al menos dos.

Aún en el hipotético caso de poder pensar ya no el punto sino exclusivamente lo negro, tendríamos que diferenciarnos de éste, como sujetos.

Sólo podemos pensar algo contenido en algo más, imaginando sus relaciones y fronteras. Nuestro pensamiento se activa exclusivamente con el límite, con la comparación, el contorno y la diferencia: tal es su parentesco con lo discursivo.

De ahí que la práctica zen proponga la disciplina de abolir los contornos para liberarnos de la mente insumisa y acceder al silencio.<sup>3</sup>

Los filósofos nos enseñaron a pensar proponiéndonos categorías, que normalmente presentan en pares: conceptos complementarios, distintos o contrarios: sustancia y accidentes, potencia y acto, esencia y existencia, materia y espíritu; el hacer y el actuar, lo temporal y lo eterno, lo bello y lo sublime.

Nos adentramos en el universo ético desde las categorías “justo” e “injusto”; para pensar el universo de la práctica política, lo dividimos entre liberales y conservadores; aprendimos que el

mundo laboral se debate entre patrones y asalariados; partimos la religiosidad entre lo ortodoxo y lo heterodoxo, así como la realidad eclesial entre clerecía y laicidad. Hablamos de economistas de izquierda y de derecha y requerimos de una innumerable gama de pares dicotómicos (de conceptos opuestos y excluyentes como limpio-sucio, alto-bajo, simpático-antipático, agradable-desagradable, bueno-malo, introspectivo-extrovertido, legal-ilegal) para conceptualizar la realidad.

En el mundo organizacional es común oír hablar de las áreas staff y operación, ventas y producción, del corporativo y la operación o del sindicato y la empresa como antagonicos irreconciliables.

Michel Tournier propone en una maravillosa obra, *El espejo de las ideas*, cincuenta pares de conceptos que estimulan magistralmente nuestro pensamiento e imaginación y que van de lo más abstracto (lo absoluto y lo relativo, el acto y la potencia, el idealismo y el realismo, la acción y la pasión) a lo concreto (el amor y la amistad, el vertebrado y el crustáceo, la caza y la pesca, el tenedor y la cuchara).<sup>4</sup>

### El tres: crear

La experiencia nos muestra sin embargo que este pensamiento bipolar, si bien necesario, es también riesgoso, que puede sumergirnos en una especie de daltonismo espiritual en el que perdemos la maravillosa gama cromática de la realidad hasta el grado de perdernos en la ideología y el dogmatismo.

Quien mira la realidad ideológicamente

<sup>3</sup> Cfr. Merton Thomas, *El Zen y los pájaros del deseo*, Editorial Cairós, Barcelona, 1999, 5ª edición.

<sup>4</sup> Michel Tournier, *El espejo de las ideas*, Acanalado, Barcelona, 2000.

interpreta en blanco y negro una realidad policroma. Es predecible en su opinión sobre las cosas. Cuando éstas entran en conflicto con sus anteojos, termina prefiriendo sus anteojos y desdénando el mundo.

En el grado superlativo de nuestro ser dogmático —llamémosle fundamentalismo— sólo percibimos dos tipos de personas: las que se nos asemejan y las que nos amenazan, quienes están *con* nosotros o *en contra* de nosotros. Tal vez sea porque, en el fondo, la dicotomía yo-otro esté en la raíz de todas las demás posibles.

El tres significa entonces matiz, libertad y profundidad, pero significa también creatividad: nos redime de la rigidez propia de una visión plana, bidimensional, y nos regala la mirada fresca y desprejuiciada del artista.

Gramaticalmente, es posible decir que en el uno sólo cabe el sustantivo. El dos ya permite el adjetivo. Pero el tres da la bienvenida al adverbio, con la multiplicidad de matices de los que es capaz. Dicen que el diablo se esconde en los detalles y tal vez tengan razón. Pero también se dice que Dios ama los adverbios: me fascina creer eso.

Me gusta la historia del hombre que amaba su trabajo pero odiaba a su jefe y que, desesperado, decide buscar otro empleo. Presenta su currículum a un despacho de reclutamiento y selección, aun sabiendo que ni seguir soportando a su jefe ni perder su trabajo son escenarios que le satisfagan realmente. Cuando está a punto de cerrar el trato, le surge de manera súbita una tercera alternativa: vuelve con sus asesores, pero en esta ocasión ya no para presentar su currículum, sino el de su jefe. A las pocas semanas, el jefe recibe una interesante propuesta de trabajo y se va. Al hombre le dan la oportunidad de asumir la responsabilidad del jefe y todo termina felizmente para todos.

En términos de creatividad, la tercera opción, al romper la dicotomía *blanco y negro* facilita el advenimiento de la cuarta, la quinta y todas las demás alternativas imaginables.

El politólogo y sociólogo mexicano Jaime González Graf, de feliz memoria, me refirió en un vuelo de México a Colima una muy interesante investigación que había realizado años atrás. Su estudio reportaba que los hijos únicos tendían estadísticamente a tener un mayor nivel de conflictividad con su pareja; hipotéticamente, la carencia de hermanos impactaba negativamente su potencial de negociación, de manejo del conflicto y, en general, de convivencia. Quienes pro-

venían de familias de dos hijos resolvían un poco mejor su convivencia matrimonial, aunque tenían problemas derivados de su excesiva competitividad y de la cultura de la comparación. El nivel óptimo en el manejo de la convivencia matrimonial lo reportaban los cónyuges que provenían de familias de tres hermanos. Las parejas formadas por hijos de familias de cuatro hermanos tenían también un muy buen nivel en el manejo de la convivencia de pareja y de ahí en adelante (familias de cinco, seis o más hijos) el nivel de conflictividad conyugal se incrementaba gradualmente.

Mucho antes de eso todo hijo, al proceder del vínculo entre dos, es un tercero.

Al mismo tiempo, toda relación es trinitaria por estar estructuralmente conformada por un yo, un tú y la relación entre los dos: un nosotros.

El tres también significa la integración de dos posturas que hasta entonces parecían antagónicas pero que en un nivel superior de visión pueden armonizar sin perder su riqueza: la síntesis que no es un promedio ni un punto medio, sino un salto —ya sea de carácter lógico o axiológico— que permite integrar lo que en el nivel anterior parecía irreconciliable.

El número tres adquiere un significado especial cuando la síntesis ocurre en nuestro interior, cuando la vida nos invita a reconocer que no sólo somos lo que creemos y queremos ser, sino también lo contrario.

Karl G. Jung<sup>5</sup> propone el concepto psicológico de *sombra* entendido como ese cúmulo de sustantivos y adjetivos que, si bien nos constituyen, también nos incomodan, y que no es fácil incorporar a nuestro autoconcepto, justamente por ser incompatibles con éste. Así, quien se piensa ordenado, extrovertido y generoso, se descubre secretamente tímido, egoísta y desordenado, pudiendo ya sea esforzarse por ocultar dicha sombra a sus ojos y a los de otros o acceder al doloroso camino de integrar sus contradicciones. Quien accede a esta vocación de madurez termina probando en su carne que el ser humano es capaz de armonizar en su interior aquello que lógicamente es excluyente. Se descubre entonces tres: lo uno, su sombra y la integración de dichos opuestos.

Tal es el carácter paradójico de la constitución humana. ~

<sup>5</sup> Carl G. Jung, *Encuentro con la sombra*, Editorial Cairós, Barcelona, 1998.